UN HOSPITAL EN EL FRENTE RUSO

Al bajar de las ambulancias y penetrar en el edificio alegre, confortable e higiénico donde se halla instalado el Hospital Español (Spanischen Kriegslazarett), una plácida ilusión de bienestar, una súbita euforia nos anega, algo como si hubiera desaparecido la noción de la metralla o de la enfermedad que ha mellado nuestro organismo. Queda atrás, a lo largo de muchos kilómetros, un «film» de situaciones, desde el momento que abandonamos la posición (con el recuerdo de los camaradas que, entre las nieves rechinantes y el silbo de los proyectiles enemigos, quedaron vigilando el puesto), transportados por la *troika* que nos condujo, dando tumbos por aquel vericueto impracticable, hasta la carretera donde la ambulancia nos esperaba; el hospital de campaña, en el que permanecimos unas horas, sintiendo aún las explosiones a nuestro alrededor de los envíos que nos hacían del otro lado del río, hasta el traqueteo monótono del tren por la eterna blancura, entre los bosques de pino, ya más frecuentes, que ponían una nota de humana alegría al paisaje inhóspito que tanto fatigaba la vista.

Llegados, una impaciencia, la del aseo, nos acucia, pronto calmada al ser despojados de nuestras ropas, que tantos días con tantas noches han cubierto nuestros cuerpos, inseparablemente, con una fiel solidaridad contra el frío; vestidos que vemos llevarse rápidamente a desinfección. Una ducha deliciosamente caliente mitiga la molestia que en nuestra piel ha dejado la picadura de los insectos. Por fin, a nuestros oídos ha llegado como una dulce caricia la palabra española en labios femeninos; algo extraño, casi olvidado, después de diez meses de no oír más que otras voces femeninas en un cóctel idiomático de tres lenguas...

Un poco desacostumbrados, sentimos la incomodidad de la comodidad; esto es, esa cosa de no *hallarse* cuando repentinamente se cambia, por ejemplo, el petate de paja por el blando lecho de sábanas pulcras. Algo que ha experimentado todo el que ha conocido la rudeza de la vida de campaña, por lo que hemos visto en cierta ocasión a un oficial levantarse de la mullida cama, que le vedaba el sueño, para echar una manta al suelo y dormirse sobre ella... La alegría del comedor, con sus cubiertos sobre el mantel, y la coquetería de unas flores colocadas en sus jarros, salpicando de risueños colores la estancia. Y el altavoz de la radio, que nos trae, con los compases de un «fox» o la gravedad de la obertura wagneriana la presencia de la civilización y del mundo... A veces también, el suspirar de España y por la España en la música de Albéniz y en la cadencia de «La Paloma»...

Pocos días bastan para producir un notable cambio del herido o enfermo. Las comidas sanas y apropiadas, el reposo y los cuidados; en suma: el régimen sanitario va operando la transformación. Las carnes van creciendo bajo la piel; el color de la cara va tomando un tinte rosado, y las fuerzas bullen con la sangre renacida. Los médicos de la Sanidad Militar y los falangistas que prestan el mismo servicio atienden al soldado con entera solicitud. Y junto a ellos, en una labor más constante, entrañable, de gran ejemplaridad, las enfermeras. Esas mujeres educadas en la misión que les cabe como falangistas, y de las cuales deben tomar ejemplo las demás camaradas, que, llegado el momento, no dudaron de alejarse de su patria, de su familia, a tierras remotas y climas hostiles, cumplen el servicio de abnegación y sacrificio duro de atender a tantos que en las horas de dolor encuentran el alivio de la mano amorosa que les suministra la cura o el medicamento. La Sección Femenina puede mostrar su orgullo de tener en estos hospitales de sangre camaradas empleadas en la más alta faena, para imitación y estímulo de las demás. ¡Cuántas veces las hemos visto, entre el trabajo, en algunos momentos abrumador, trasladarse de uno a otro pabellón, pisando nieve, sin apenas punto de descanso! Labor meritoria, máxime en los primeros momentos, en que todo estaba por organizar; y ellas, además de la preocupación del cuidado de los heridos, tomaron sobre sí la de disponer y acondicionar el hospital en los aspectos de limpieza y aseo de los hospitalizados, cuando ni tiempo apenas tenían para el suyo propio. Con la ayuda de las *pañiencas* auxiliares y de las que prestan el servicio de limpieza y de los rusos prisioneros de mejores antecedentes y conducta (los cuales, por cierto, procuran cumplir con el máximo celo, ya que su situación en estos hospitales españoles, para su calidad de prisioneros, es privilegiada, entre los que recordamos al ucraniano Jorge, que para todo tenía, la contestación española «¿qué pasa?»), el orden que han impuesto es absoluto, perfecto.

Este hospital que nos ha albergado consta de varios pabellones o *estaciones*, y tiene dentro de su recinto un amplio y frondoso bosque de pinos, con campo de fútbol y paseos espléndidos. Cuando la nieve hubo desaparecido y la sucedieron los días claros, con un sol limpio, este bosque por el que pascábamos, con su alto pinar, refugio de pájaros oscuros que atronaban en el amanecer, nos saturaba de oxígeno, dando a nuestros rostros convalecientes un aspecto saludable, de sana naturaleza. Pronto los hombres que allí sanábamos y esparcíamos, con los blancos y amplios pijamas, nuestro solaz por sus caminos, estaríamos en condiciones, unos de volver a la vida viril del frente, entre los camaradas allí quedados; otros de reintegrarse al calor de la patria y a la faena cotidiana del libro, de la pluma o de la herramienta.

Sedimentados los recuerdos que empiezan en el momento de la partida, la previa preparación militar, el largo correr por los caminos de Europa y las horas tensas de la línea de fuego, pervive muy marcadamente esta imagen plácida de esos momentos que ratifican la camaradería de todos los ligados por una común empresa, que en este edificio destinado al dolor encuentra en nosotros—¡cómo no!—su nota de alegría. Como el pájaro del árbol próximo, que no sabe nada, pero que al lanzar su canto no hace sino seguir al cantar ese otro que un momento antes desde la misma cama se quejaba...

JOSE ALVAREZ ESTEBAN

Las enfermeras alemanas atienden a los heridos españoles con la mayor solicitud y cariño, proporcionándoles ratos de distracción. Junto a ellas, las españolas. ◇ Heridos, médicos y enfermeras de la División Azul se reúnen bajo la fronda de pinos, que ayuda a sanar a los que dan su sangre en servicio de España.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Y: revista para la mujer nacional-sindicalista. #56, 9/1942